SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA Homilía del P. Abad Josep M. Soler 6 de Enero de 2017

Is 60, 1-6; Sal 71, 1-2.7-8.10-13; Ef 3, 2-3.5-6; Mt 2, 1-12

En la mano tiene el reino (1Córn 19, 12; cf. canto de entrada). Hoy, hermanos y hermanas, celebramos el inicio de la manifestación de Jesucristo a todos los pueblos de la tierra. Los magos venidos de oriente, de los que nos ha hablado el Evangelio, eran las primicias, los iniciadores de una numerosa multitud entre la que estamos también nosotros. Efectivamente, somos descendientes, en la inmensa mayoría, de los pueblos paganos que habitaban estas tierras romanizadas y que acogieron la fe cristiana. Posteriormente, cada uno de nosotros se ha adherido a Jesucristo. Celebrando, pues, el inicio de su manifestación a los gentiles, a aquellos que estaban fuera de los límites de la fe de Israel, la Iglesia nos presenta la persona de Jesús como rey de todos los pueblos. Así lo cantábamos al inicio: "Mirad que llega el Señor del señorío: en la mano tiene el reino, y la potestad y el imperio."

Para ayudarnos a penetrar la realidad del reino de Jesús, su manera de ejercer *el poder* y la calidad de su *imperio*, la liturgia de hoy nos proclama un fragmento del Salmo 71. Es un salmo que habla de un *rey* justo y bueno que actuará generosamente a favor de su pueblo. Este salmo, la habían orado generaciones y generaciones de miembros del pueblo de Israel y habían constatado que ninguno de los reyes que habían tenido llegaba a la talla de este monarca ideal descrito por el salmista. Por eso habían llegado a la conclusión de que este salmo sólo podría hacerse realidad cuando viniera *el Mesías*, el rey según el corazón de Dios. Por esta razón, en el nacimiento de Jesús -*el rey de los judíos* tal como dicen *los magos*-, la Iglesia medita este salmo para entender mejor la persona y la obra de Jesús. Y constata que es realmente una profecía de su vida. Empezando por la referencia a los *reyes de Arabia y de Saba* de los que el salmo decía que ofrecerían *dones* y se *postrarían* ante este *rey* que iba a venir; una referencia que el Evangelio que acabamos de escuchar nos presenta como cumplida con el homenaje y los dones de los *magos*.

Contemplando hoy el niño en brazos de María, su Madre y viendo como los magos se postran ante él, nos es permitido, siguiendo el salmo, de adentrarnos en la obra que Jesús llevará a cabo como rey justo y bueno. Él, más que ningún otro, gobernará con justicia y será recto con los humildes, defenderá los derechos de los pobres y de los débiles. Y haciéndolo así, será fuente de bienestar y de paz, que son los frutos de la justicia. Su influencia benefactora no quedará circunscrita sólo al pueblo de Israel, sino que abarcará a todos los pueblos; todos aquellos que, en todo el mundo, se abrirán a su palabra y su acción salvadora. Será, por tanto, una soberanía sobre todo tipo de personas, sin distinción de categorías sociales, ni de razas, ni de naciones, porque la soberanía de Jesucristo es la de Dios. Y todos los que, por la fe, entrarán en su reino serán hermanos. No es una soberanía basada en el afán de poder, basta ver los orígenes humildes en Belén o la entronización en una cruz. Es una soberanía de servicio, que tiene por objeto un reinado justo y benéfico en bien de los que son pequeños socialmente, los afligidos, los indigentes, los que sufren opresión. Todo el evangelio de Jesús, centrado en las bienaventuranzas, hará realidad la profecía del salmo que la liturgia nos pone en los labios hov, y lo mostrará como salvador universal frente a la violencia, del odio y de todo lo que oprime al ser humano. Él se mostrará como el gran valedor de la dignidad de cada persona para más pobre o marginada que pueda ser y el defensor del gran valor de la vida humana. Lo decía el salmo: Él librará al pobre que clamaba, al afligido que no tenía protector; él se apiadará del pobre y del indigente. Y terminaba, el fragmento que hemos cantado, con la promesa de una liberación que sólo Dios puede otorgar: salvará la vida de los pobres, decía. Sabemos

que Jesucristo no nos libera de la muerte corporal, que él también asumió como consecuencia de la encarnación, sino que la convierte en la puerta hacia una vida para siempre en la que podamos ser felices y reinar con él en la gloria de Dios padre. Al final de la historia, Jesucristo, como *rey de todos los pueblos*, hará *justicia* sobre todo el mal que habrá habido en el mundo; vindicará definitivamente los derechos de quienes habrán sido oprimidos y de las víctimas del mal y de las guerras fruto del egoísmo humano.

Somos afortunados, hermanos y hermanas, de haber puesto a Jesucristo en el centro de nuestra vida para hacerlo el eje de nuestra existencia. Y damos gracias a Dios que nos la ha revelado como en otro tiempo lo hizo con los magos, según el evangelio de hoy. Pero, además, nos debemos hacer anunciadores. Hemos recibido una buena noticia capaz de cambiar los modos de hacer en tantos lugares de nuestro entorno y de nuestro mundo, donde hay situaciones contrarias al bien de las personas; situaciones, entre otras, que dejan, tal como repite a menudo el Papa, a los jóvenes, marginados, sin salida porque no pueden acceder al mercado laboral; y eso a pesar de ser una cultura que aparentemente idolatra la juventud (cf. Homilía de vísperas, 31/12/2016). Hay que preguntar si estas situaciones, cuando se dan en nuestras latitudes, no son consecuencia de haber abandonado el Evangelio de Jesús por parte de un occidente que ve, además, como se le van agrietando los pilares que quería que le dieran seguridad. Debemos contribuir a hacer ver el vacío de los ídolos con que tantos contemporáneos nuestros, y particularmente jóvenes, quieren llenar el vacío que experimentan, para ayudarles a abrirse al Dios que ama entrañablemente a cada persona. Debemos desenmascarar todo lo que lleva a la superficialidad, a la creciente violencia verbal o física, todo lo que lleva a la destrucción.

Sólo podremos ser testigos de Jesús, el rey humilde y salvador, dador de sentido a la existencia, si vivimos profundamente la fe, a pesar de nuestras debilidades y contradicciones. Nuestra sociedad, atravesada por crisis en tantos niveles, necesita, sin saberlo y algunos sin querer oír hablar de ello, artesanos que la construyan desde la palabra de Jesús. Iluminados por él y viviendo la alegría inmensa de haberlo encontrado. Nuestra vida debe ser como la estrella que, sin forzar nada, guía a los demás hacia el encuentro con el Señor, que, como hizo María con los magos, es presentado por la Iglesia. Jesús no utiliza un método espectacular y constrictivo; respeta la libertad de cada persona. Para transformar las cosas quiere actuar por medio de nosotros. Por eso dirá que nosotros somos la luz del mundo (Mt 5, 14) porque reflejamos la luz que nos viene de él (cf. Jn 9, 5). Y dirá, también, que nosotros somos la sal de la tierra para dar sentido a la existencia y aportar vida al mundo de una manera discreta pero eficaz como hace la sal que condimenta (cf. Mt 5, 13). Y dirá, aún, que somos levadura para hacer fermentar la masa, para dinamizar desde el Evangelio todas las realidades humanas (cf. Mt, 13, 33). Así, a través de la acción de los cristianos, él va extendiendo su reinado de justicia, de paz, y de una solidaridad basada en el amor.

Ahora, en la eucaristía nos es dado vivir la epifanía, la manifestación, del Señor, bajo la pequeñez de los signos del pan y del vino, transformados, pero, por obra del Espíritu Santo, en su Cuerpo y su Sangre, presencia en medio nuestro del Hijo de Dios hecho hombre para darnos vida, para hacernos testigos, para fortalecernos con vistas a transformar la realidad según su evangelio.